

## La posibilidad del estudio etnográfico de situaciones límite. El caso de los campos de concentración

**Isabel G. GAMERO CABRERA**

Facultad de Filosofía. Universidad Complutense de Madrid  
ig.gamero@filos.ucm.es

MORENO FELIÚ, Paz. 2010. *En el corazón de la zona gris. Una lectura antropológica de los campos de Auschwitz*. Madrid: Trotta.

Cabe comenzar este artículo con una alusión a “Shoah”, el documental de nueve horas que trataba de reconstruir por medio de entrevistas lo sucedido en Auschwitz: en la secuencia inicial, Claude Lanzmann, el director, y Simon Srebnik, superviviente de ese campo de concentración, visitan lo que queda de los campos en la actualidad. Srebnik camina por lo que hoy en día son páramos desérticos y, tras una larga secuencia donde avanza, como sin rumbo, entre las ruinas, las únicas palabras que logra articular son las siguientes: “No se puede contar, nadie puede imaginar lo que pasó aquí, es imposible, ni yo mismo puedo hacerlo hoy” y la secuencia acaba con un fundido en negro.

Esta imposibilidad de relatar uno de los episodios más controvertidos y problemáticos de nuestra historia reciente es lo que intenta superar Paz Moreno Feliú, catedrática de Antropología Social en la UNED, con *En el corazón de la zona gris*, libro en el que aplica técnicas y formulaciones teóricas de la Antropología Social al estudio de documentos relacionados con los campos de concentración, para, en sus palabras, “tratar de reinterpretar el conocimiento fragmentario que tenemos sobre los diversos aspectos de dichos campos” (Moreno Feliú, 2010: 11-12).

Cabe distinguir de este modo dos tendencias opuestas relacionadas con el estudio de los campos de concentración. La primera es la de quienes afirman que no resulta posible reflejar, ni acaso llegar a comprender, lo sucedido allí, ya que, como sostiene Primo Levi en sus memorias sobre su reclusión en Auschwitz, “nuestra lengua no tiene palabras para expresar esta ofensa, la de la destrucción de un hombre” (1987:39). Reconocen autores como Levi las dificultades que conlleva tratar de entender aquello que parece estar más allá de los límites de nuestra comprensión, donde el lenguaje cotidiano falla en su expresividad y los mismos supervivientes se encuentran impedidos para relatar lo que allí les sucedió, estableciéndose una inconmensurabilidad entre palabras y hechos.

Como contrapartida a esta sensación de impotencia ante un acontecimiento que parece arrebatarlos la posibilidad misma de su expresión, cabe destacar esfuerzos como los de Moreno Feliú, quien se propone analizar textos escritos en torno a los campos de concentración —como memorias de los presos, actas judiciales, obras académicas, descripciones e informes de los S. S.— con el objetivo de entender lo que allí sucedió, incidiendo en que no se trata tanto de un estudio del genocidio,

sino más bien de las relaciones sociales que se establecieron en el campo. Lo diferenciador de los análisis de Moreno Feliú respecto a los numerosos libros y estudios que han surgido sobre este tema es que ella se ocupa no ya de las grandes historias, sino de las pequeñas vivencias o experiencias cotidianas, desciende hacia el nivel de la “cotidianeidad antropológica”, donde los problemas y conflictos de los presos pueden aprehenderse si se traduce “la devastación vivida por las personas” que estuvieron en Auschwitz, al “día a día de una situación excepcional” (Moreno Feliú, 2010: 12).

La pregunta que inicia este libro es si, por medio de una lectura antropológica de fuentes escritas, se puede llegar a comprender la realidad cotidiana de los campos de concentración, para ello, Moreno Feliú parte de un análisis de todo tipo de documentos surgidos a raíz de la experiencia concentracionaria en Auschwitz, aun sabiendo que nunca habrá una versión única, que los distintos testimonios pueden contradecirse o presentar ambigüedades y que la gran mayoría de las víctimas no pudieron dejar constancia de su vivencia. Estas posibles objeciones no van a impedir, según la autora, un estudio etnográfico como el que ella propone, en el reconocimiento de que todo documento, también los relacionados con los campos de concentración, puede ser estudiado por medio de un análisis textual, que plantee temas y cuestiones característicos de la disciplina antropológica, como las relaciones sociales, las rutinas temporales o los ritos. Detenta de este modo la autora la pretensión de alcanzar un equilibrio comprensivo, que no se centre sólo en los relatos de los distintos narradores, ni en la descripción objetiva de sucesos externos, sino que trate de encontrar, a partir de la vinculación de estas dos dimensiones, “la voz propia de la investigación”, manteniendo al mismo tiempo “la gran variedad de versiones e interpretaciones que los distintos memorialistas dan de los sucesos” (Moreno Feliú, 2010: 19), con el objetivo de entender ese momento de la historia.

El libro comienza con una explicación de la genealogía del concepto “campo de concentración”. Ese modo de reclusión dista mucho de ser una novedad en la Alemania de los pasados años cuarenta, habiéndose dado en numerosas ocasiones a lo largo de nuestra historia; sin embargo, lo que diferencia a los campos de concentración nazis de los anteriores procesos de reclusión es el momento en el cual el campo de concentración se convierte en un campo de exterminio. A esta dimensión destructiva, debemos añadir también un elemento de productividad laboral, ya que, hasta el momento de su eliminación en las cámaras de gas, los prisioneros eran utilizados como mano de obra, prácticamente esclavizada, para la edificación de los grandes proyectos arquitectónicos del Tercer Reich. Aclarado este concepto, Moreno Feliú pasa a describir la geografía de los campos, ilustrando sus descripciones con mapas e incidiendo en el hecho de la desconexión entre espacios y separación entre prisioneros, como otro modo de control de las autoridades.

A continuación, la autora pasa a estudiar las memorias de los presos desde el inicio de su cautiverio, esto es, intenta comprender el momento de entrada al campo desde una óptica antropológica, como un rito de iniciación que supone la pérdida de toda la vida anterior y la desposesión de todo lo que les era propio. Para ello, la autora recurre a la estructura en tres fases que, según Van Gennep, caracteriza

a todos los rituales de iniciación: de este modo, la desposesión se concreta en la detención impune de los presos; la transición equivale a su transporte en vagones de tren para ganado; y, por último, la reincorporación tiene lugar en la rampa de acceso a los distintos campos, donde se llevaba a cabo la selección de los presos. Esta entrada al campo es relatada por los que lo vivieron como un momento de deshumanización no sólo debido a la situación de cautiverio y al arrebato de sus objetos personales, sino a la separación entre familias, la total desnudez e indefensión ante los guardias y la sustitución del nombre propio por una cifra tatuada en el brazo. La descripción de este proceso, cuyos elementos, según la autora, recuerdan a las marcas simbólicas de esclavitud, nos puede ayudar a comprender el momento de ruptura con toda la vida anterior. Moreno Feliú recurre al análisis tanto de testimonios en primera persona de los supervivientes como de informes oficiales de los S. S., para tratar de reconstruir ese momento, pero se encuentra con límites que dificultan la comprensión, como la muerte inmediata en las cámaras de gas de millones de presos, aspecto que obstaculiza el estudio etnográfico y que diferencia la realidad del campo de concentración de cualquier otra que podamos imaginar, ya que en Auschwitz la muerte está tan presente que no resultan posibles ritos de paso funerarios. Ahora bien, este hecho, esta imposibilidad constatada por los supervivientes, se convierte en “normal y cotidiano” (Moreno Feliú, 2010: 79) en la realidad más inmediata de los presos. Vemos entonces cómo los posibles bloqueos a la comprensión se resuelven, por medio de este enfoque, en la descripción de una terrible cotidianeidad.

El siguiente paso de esta búsqueda antropológica es la descripción de las rutinas temporales del campo. Se detalla una concepción del tiempo que se sale de los márgenes habituales de nuestra comprensión, al no existir en los campos relojes, ni calendarios, al haber sido arrebatado el pasado a los presos y no poderse concebir un futuro próximo. Se trata de un tiempo presente, marcado por la violencia impune e inesperada de los S. S. sobre los prisioneros, donde lo único que prevalece es la voluntad de perdurar. Sin embargo, incluso en esta situación excepcional cabe localizar puntos fijos o rutinas, como la llamada a formación diaria, donde se pasaba lista a los presos, la jornada laboral, marcada por el sol o los domingos, cuando no se solía trabajar; momentos estables que no sólo hacían algo más ordenada y vivible la vida de los presos, sino que nos pueden ayudar en el presente a comprender cómo se organizaba la vida en el campo.

Asimismo, el capítulo quinto presenta una descripción de las jerarquías sociales que se establecían en el campo, no sólo por la diferencia entre guardias y prisioneros, sino por la categorización de éstos según su estatus, claramente delimitado con un complejo sistema de triángulos y números, cuya consecuencia más inmediata y probable era la supervivencia de los presos de mayor categoría. Cabe distinguir de este modo una cierta organización social, que se diferencia, no obstante, de cualquier otro tipo de estructura social, en que en Auschwitz se mantenía estable la diferencia de rangos en la jerarquía, pero no las personas que permanecían en los cargos, dada la enorme e imprevista facilidad con que los presos podían ver cambiada su situación y la ingente tasa de mortalidad que caracterizaba la vida en el campo.

El capítulo siguiente consta de un riguroso análisis sobre el sistema de circulación —robo/compra/venta— de los bienes que se intercambiaban en los campos, compleja actividad denominada de modo global por todos los presos como “organizar” (Moreno Feliú, 2010: 141). Cabe destacar cómo, pese a las dudas mostradas al inicio de este texto, hasta en las condiciones más extremas, el lenguaje logra adaptarse y cambiar para referir la realidad. Inicia así Moreno Feliú un interesante análisis sobre cómo comerciaban los prisioneros con distintos bienes. Este estudio antropológico detalla las mercancías más preciadas —comida, ropa y zapatos— y los lugares privilegiados para el intercambio —cocinas y letrinas—. El principal rasgo de este proceso que lo diferencia de cualquier otro sistema de intercambio se debe a la excepcionalidad del momento, pues la situación de suspensión moral que caracterizaba al campo hacía primar la reciprocidad negativa sobre cualquier otro tipo de intercambio, siendo un sistema que privilegiaba el tomar sobre el dar, y donde ciertas cuestiones morales debían ser obviadas, ya que, por ejemplo, la mayor parte de los objetos intercambiados provenían de la desposesión de los prisioneros antes de ser internados en las cámaras de gas. Ello producía una de las más dramáticas paradojas del campo, pues el incremento de muertes aumentaba los recursos de los presos que se hacían con estos bienes, lo cual, a su vez, acrecentaba sus posibilidades de sobrevivir. No quiere decir esto que no hubiera otras manifestaciones de la reciprocidad. Surgieron ciertas alianzas o modos de organización compartidos y comunitarios, pero este tipo de relaciones, como todas en Auschwitz, se caracterizaba por su carácter inestable, provisional, anónimo y disperso. Por último, la autora pasa a estudiar los relatos orales que, al modo de leyendas o mitologías, circulaban entre los presos, como sucede con la historia de Mademoiselle Fifi, una bella bailarina francesa que arrebató una pistola a uno de los S. S. y lo mató, suicidándose después. Estos relatos, con independencia de su veracidad, al ser repetidos, versionados y adecuados a cada circunstancia, servían para levantar los ánimos de los presos y crear una cierta sensación de esperanza, incluso en los peores momentos. Dichas historias formaban parte de la imaginación colectiva de aquel momento y su recopilación en el presente nos puede servir para comprender mejor aquella realidad.

Cabe acabar esta reseña con la constatación de un problema espinoso, el de si es posible dar una imagen adecuada de una obra que intenta estudiar una etapa de nuestra historia que parece resistirse a nuestra comprensión, esto es, hasta qué punto la lectura del texto de Moreno Feliú puede servir para describir lo que sucedió en Auschwitz y, en un segundo momento, cómo puede reflejar esta reseña lo que trata de describir la autora en su libro. Nos encontramos, de nuevo, ante un posible caso límite de nuestra capacidad comprensiva. Dos son las opciones que podemos contemplar ante esta posibilidad: resignarnos a no poder llegar a comprender aquella experiencia que destruyó no sólo la posibilidad del lenguaje, sino también — sobre todo— la vida de millones de personas o, por el contrario, seguir profundizando en el análisis y esforzándonos en la comprensión, utilizando nuevos métodos, enfoques y recursos. Moreno Feliú opta en su libro por la segunda vía, donde se conjuga el ya mencionado rigor metodológico con una propuesta ética; ya que uno de los interrogantes que inició su obra gira no ya en torno a la posibilidad de entender lo

sucedido en Auschwitz en los pasados años cuarenta, sino que interroga a la disciplina antropológica misma, incidiendo en el hecho de que sólo hasta fechas muy recientes ha comenzado ésta a ocuparse del análisis de catástrofes y episodios de la historia que nos cuesta trabajo asumir. Hacerse cargo de ello es la tarea pendiente de la antropología, imperativo ético casi, que Moreno Feliú procura llevar a cabo en este libro, con la convicción de que dicha disciplina no puede abandonar el estudio de este tipo de realidades, sin traicionarse a ella misma.

### **Referencias bibliográficas y filmográficas**

LANZMANN, Claude (Dir.)

1985 *Shoah*. Francia: Les Films Aleph / Ministère de la Culture de la République Française.

LEVI, Primo

1987 *Si esto es un hombre*. Barcelona: Muchnick Editores.